

CONTEXTOS

Relatos de luz y sombra

Colección de cuentos de estudiantes de cuarto año de español en la carrera de lenguas modernas, graduados en junio 2014



Caminando sola, Nadia Blagorodnova

VOL. 1, OTOÑO 2014

Contenido

Veinticinco pesetas, G. Asser
Un amor perdido, D. Bailey
La sequía, M. Coleman
Un extraño en la oscuridad, L. Davies
La cita, I. Dixey
Relámpagos del más allá, T. Fernández-Buckley
El subconsciente, S. Fraine
Un día horroroso, S. Gill
No encajas, L. Hayes
Un día fuera de Barcelona, C. Hilton
Fernanda, R. Hyam
Un día cualquiera, H. Kirk
El remanso, L. Kittow
Lágrimas de cocodrilo, S. Kopp
Ruidos y ecos, J. Lever
Un año y diez días, E. Maitland
El reencuentro, N. Meroz
El juego, H. O'Neill
Una luz en la oscuridad, M. Parry
Los asuntos secretos, A. Pierce
Revolución, J. Robb
Poco familiar, O. Robinson
La moneda, W. Tingle
El día en que se fueron los patos, K. Wilmot
Cuento de un cuento, D. Woolfman

Un microrrelato

... el drama del desencantado que se arrojó a la calle desde el décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los amores furtivos, los breves instantes de felicidad, cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante

de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su concepción del mundo, y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

Gabriel García Márquez

Veinticinco pesetas

Georgina Asser

Caminó con pasos pesados hacia el hotel, su traje agitado por el feroz viento y solamente un motivo en la cabeza. Lo tenía que hacer, no le quedaba otra opción. Jugeteaba con una moneda, dándole vueltas en el bolsillo. Estaba inquieto, nervioso. Solo tenía que decir las palabras y se solucionaría todo. Su jefe estaría contento y satisfecho y él se aseguraría de que no se quedara sin trabajo. Al llegar a la calle del hotel, lanzó la moneda en el regazo de un mendigo sentado. Nunca hay gente pidiendo por esta zona, se dio cuenta de pronto. Sin pensarlo más, siguió por la gigantesca puerta giratoria y un empleado le dirigió a una mesa en el medio de la sala dorada y resplandeciente.

Rosa ya le estaba esperando, como siempre. Su pelo del color del ébano y ondulado le acariciaba los hombros y sus labios carnosos y rojos estaban relajados en una media sonrisa. Levantó la mirada y sonrió. Sus ojos alegres ocultaban sus verdaderos pensamientos: otra cita soporífera con el viejo. Se saludaron y el hombre se sentó.

-Bueno. ¿De qué se trata la cita de hoy? - le preguntó con su perfecta sonrisa.

-Rosa. ¿Quieres casarte conmigo?

De repente, él no era el amigo de su padre autoritario, ni un colega en el negocio familiar, sino su príncipe azul que le estaba ofreciendo una vida de seguridad y felicidad. Solamente podía ver dinero en la sala infinita de oro. Saltó de la silla y le abrazó.

-¡Sí, sí, sí!- ¡Esto es como una escena de película, solo se ve en el cine! pensó Rosa. En esos cuantos minutos él había pasado la prueba. Como no sabía que hacer después, Rosa pidió permiso y se fue al baño. Aplicó de nuevo su pintalabios y al ponerlo en su bolso sus dedos rozaron la media moneda que descansaba solitaria, en el fondo del bolso. ¿Qué sería de él?. Le había hecho una promesa, para siempre. Si los dos tenían la media moneda, siempre estarían unidos. Era el símbolo de su amor eterno. Y un día, como si nada, dejó de llamar. Y nunca le vio otra vez. Ni una palabra. Absolutamente nada.

En fin, ¿qué importancia tenía? Ya había encontrado a su príncipe, a su salvador. Cogió el pequeño trozo de metal frío y lo dio vueltas, pensando en las vueltas que da la vida. Su prometido le estaba esperando con su abrigo de piel y salieron del hotel agarrados de la mano como el final de un cuento.

El mendigo recogió la moneda y la unió con la suya.

Anduvieron la misma calle y sin pensarlo más, Rosa tiró la media moneda en el regazo del hombre que pedía. El mendigo recogió la media moneda y la unió con la suya. La moneda de veinticinco pesetas estaba completa. Pero igual tenía el agujero en el medio. Como el hueco en su pecho donde antes estaba su corazón. Subió la cabeza, esperando y deseando que Rosa se diera la vuelta para poder mirarla una vez más.

Imagen: en.numista.com

¿Sabías que...? La peseta ha cambiado varias veces desde su introducción en 1868 hasta que fue reemplazada con el euro en 1999, aunque siguió utilizándose de forma provisional hasta el 2002. No solo fue usada en España, sino que también en su momento fue aceptada en Andorra (Aledón, J. M. 2001. *Historia de la peseta*. Fábrica nacional de moneda y timbre).

Un amor perdido

Daniel Bailey

Sucedió hace tres años y todavía no lo puedo creer. ¡Y nunca me recuperaré! Era un día hermoso, el sol brillaba como nunca antes y los pájaros cantaban como coros de ángeles, al menos así me parecía. Para disfrutar de ese entorno, en vez de

conducir decidí bajar a mi pueblo, Sitges, a pie, para almorzar al aire libre y tomar un poco del sol. En cuanto llegué al café tuve la sensación de que no sería un día normal. ¡Y no me equivoqué!

Salió para tomar mi pedido e inmediatamente quedé totalmente enamorado de ella. Tenía ojos azules tan grandes que parecía que se podría nadar en ellos, su pelo castaño lucía y bailaba por sus hombros y su cálida sonrisa era parte de la cara más bonita del mundo. Pasé una hora allí intentando no mirarla fijamente pero era casi imposible. No obstante, un par de veces, se cruzaron nuestras miradas y el aparente deseo de sus ojos me llenó de esperanza. Con cada mirada ganaba confianza y al final cuando ella vino a recoger la cuenta le di un papelito en el cual había escrito mi nombre y mi número. Cuando lo hice, intenté parecer tranquilo, sin embargo, la verdad es que mi corazón latía al mismo ritmo que los pistones de un coche de Fórmula Uno.

Intentaba distraerme pero solo podía pensar en ella

Tan pronto como ella se quedó con el papelito me fui, sin darme la vuelta para comprobar si aún me miraba y empecé a andar hacia mi casa. Durante aquel paseo inolvidable intenté distraerme pero solo podía pensar en ella y durante los días siguientes me los pasé sentado al lado del teléfono esperando su llamada, pero no me llamó. Después de una semana estaba ya a punto de perder las esperanzas, cuando finalmente el teléfono sonó y cuando lo contesté una voz muy suave me habló, "Hola, soy Anna del café, lo siento por no llamarte más pronto, he estado muy ocupada con mi trabajo y mis estudios, discúlpame por favor". Intenté pensar en una respuesta pero solo pude decir tartamudeando, "N-n-no p-pasa nada", hubo una pausa de apenas unos segundos y me dijo, "Vale, pues mañana termino el trabajo a las dos por la tarde, ¿quieres quedar después para tomar algo?" No podía creer lo que estaba oyendo, pero conseguí mantener mi calma y decidimos quedar en un restaurante en la calle Mayor.

Al día siguiente estaba nervioso pero al mismo tiempo tenía confianza debido al hecho de que me había invitado a vernos, bajé a Sitges caminando y llegué al restaurante a las dos en punto. Me senté a la mesa y después de un par de minutos ella llegó, mientras se acercaba la mesa me miró con esos ojos increíbles y mi corazón empezó a latir con locura otra vez. Al principio de la comida tartamudeaba como un idiota, pero cuanto más hablábamos más me tranquilizaba, y poco a poco nos dimos cuenta que teníamos los mismos intereses y nos llevábamos muy bien ¡Había un fuego entre nosotros que nadie habría podido apagar, charlábamos y reíamos constantemente!

Después de pagar la cuenta decidimos caminar por la playa juntos, llevábamos casi tres horas caminando y charlando cuando finalmente tuve el valor de besarla. Fue el mejor momento de mi vida pero lo que pasó después fue sin duda el peor. Después de besarla Anna decidió cruzar la calle para comprar un helado, la dejé sola por un segundo, solo un segundo, y eso bastó para que el puto coche de un hombre borracho la atropellara. Mi vida se detuvo en este instante. Anna sufrió heridas fatales en la cabeza y murió sin esperanza.

Ahora, tres años después, todavía vivo con un hueco en el alma, y sé que, sin Anna, nadie podrá llenarlo. Yo tendré que vivir toda mi vida con ese vacío, pero el conductor borracho que mató a Anna solo tendrá que pasar un año más en la cárcel.

¡Ojalá no la hubiera dejado sola!

La sequía

Miles Coleman

Alivio. Puro alivio. Un alivio santo, divino. Un alivio que le alimentaba el alma, salvación líquida. Él se salvó por un pelo.

Era un día normal y tranquilo, el tipo de día que viene muy poco y dura mucho. El hombre se sentó en frente de su ventana panorámica, y comenzó a leer un libro, precisamente lo que a él le gusta hacer con días así, pasando las horas en el abrazo metafórico de una historia, un cuento, unos poemas, lo que fuera. Había un gran surtido de literatura que cubría su elegante escritorio, como una carpeta de hojas en un parque en otoño. Eligió uno al azar con los ojos cerrados y se puso a leer.

Pero, hoy algo raro estaba pasando. No se sentía cómodo, la madera rugosa de su silla le picaba en las nalgas y un constante dolor sordo le crecía en la espalda. Normalmente cuando él lee, es como si fuera el único ser en el mundo, solo, en un mar de tranquilidad y paz. Pero hoy esta tranquilidad no parecía llegar y eso le frustró y gritó para que, quizás, pudiera expulsar su exasperación.

“¡Ay!” Nada. No funcionó. Intentó de nuevo.

“¡Ay!” Nada, todavía. Cambió de posición, sacudió una pierna ligeramente y se rascó la nariz. Pero no podía borrar esa sensación horrible de malestar e incomodidad.

“¡Ay!” Nada. Sus ojos no se podían enfocar en las páginas amarillentas de su libro viejo, y su mirada se dejó llevar a la ventana panorámica y a los campos detrás de su casita. Había un par de huemules, pastando calmadamente en el carrizo de las Pampas y el hecho de que estaban comportándose con tantísima tranquilidad le molestó al hombre, como si se estuvieran burlando de él. Aquí él estaba, lleno con frustración y estos dos ciervos hermosos estaban tan contentos, libres. Sí, la libertad era el problema. Ellos no tenían nada pero tenían todo también. No tenían responsabilidades, no era posible que conocieran el concepto de ansiedad e inquietud. Sin consciencias, sin percepciones y sin problemas.

“¡Ay!” El hombre se levantó serenamente y caminó hacia al gabinete donde guardaba sus armas. Agarró su rifle preferido y sin decir ni una palabra, cargó una sola bala en el cañón de la escopeta. Apoyó la culata en su hombro fuerte. Apuntó. El huemul en la mira. Disparó. Un tiro perfecto. El huemul cayó.

El hombre tosió. Y se sentó de nuevo.

“¡Carajo! ¿Qué hiciste?” – dijo su esposa.

“Nada, mi amor.”

“Pero, pero... vos mataste a un huemul. Sin razón alguna. ¡Sin razón alguna! Che, ¿estás loco?”

“No lo pienses más, mi amor.”

María estaba acostumbrada a cómo su marido podía enojarse y no dijo nada. Inclino la cabeza y salió del *living*. Ella también miró por la llanura expansiva, las pampas esplendorosas de la Patagonia. Ella sintió la soledad profunda de sus existencias en esos llanos desolados e inhóspitos.

“Es una metáfora mi amor. Representa muchas cosas.”

El hombre colocó su rifle en el gabinete y encendió la cocina de gas. Llenó la pava de cobre con agua de lluvia y esperó, pensando en la futilidad de todo, del libro, de su silla incomoda, del huemul y de la vida difícil en las pampas argentinas. Preparó su mate con yerba cultivada en uno de sus campos, ensillándolo con cuidado y dio un trago a la botella de vodka. Vertió el agua caliente en el mate, dejándola filtrar hacia adentro, hasta que el líquido aromático estuvo listo. Puso la bombilla entre sus labios y bebió. Fue magnífico. Alivio. Puro alivio. Un alivio santo, divino. Un alivio que le alimentaba el alma, salvación líquida. Él se salvó por un pelo.

Ahora sí estaba listo. Se puso a leer.

Un extraño en la oscuridad

Lucy Davies

Basado en hechos reales.

Gabón, África. Yo estaba de pie allí, mirando la puerta rota que oscilaba sobre sus bisagras. Mi cuerpo entero temblaba, empapado en sudor frío y las lágrimas saladas seguían mojando mis mejillas. Había pensado que iba a morir allí mismo en esta chocita en medio de la nada. Iba a ser una gran aventura. Junto con mi amiga Covadonga, viajaría hasta el seno de África para enontrarnos con su amiga Corine que vivía sola en una pequeña aldea gabonesa. Al llegar a la casa de Corine me quedé espantada al ver la pobreza en la que vivía. No había agua potable y el techo estaba hecho de planchas de ese hierro ondulado que con frecuencia asociamos con la pobreza y la desolación. "¡Tranqui tía!" me dije a mi misma, "Estás en África. ¿Qué esperabas? ¿El hotel Ritz?"

Aquella noche, me tiré sobre el colchón que el vecino de Corine nos había prestado. Cuando lo llevó aquella tarde, nos había dado una gran bienvenida, explicándonos que había construido su casa a cinco minutos de la casa de Corine para que se sintiera más segura en aquel sitio tan desolado y le recordó que siempre podía llamarle... para lo que fuera, de día o de noche... Me tumbé en la oscuridad. Agotada, estaba desesperada por dormir, pero había algo que me mantenía despierta. Me di la vuelta y me quedé mirando la entrada principal, no parecía muy sólida y solo había un cerrojito para cerrarla. *¿Por qué no podía dormir?* Bajando la mirada fijé mis ojos en la rendija debajo de la puerta. *¿Tal vez debería contar ovejas?* De repente sucedió. Había estado mirando fijamente la rendija debajo de la puerta cuando vi un ojo contemplándome en la oscuridad. Cerré mis ojos y esperaba estar soñando pero entonces alguien empezó a golpear la puerta. *¿Quién era?*

Entré sigilosamente en la habitación de al lado donde Covadonga y Corine estaban durmiendo y les desperté bruscamente.

"¡Hay alguien que está golpeando la puerta!" Susurré.

"No seas tonta, quién llamaría a esta hora? Vete a dormir, solo es el viento".

Covadonga escuchó. Ahora los golpes eran mucho más fuertes.

Asustadas, las dos mujeres saltaron de la cama y se pusieron de pie conmigo en la oscuridad.

"*C'est qui?*" Gritó Corine en su fuerte acento gabonés, "*Vous-voulez quoi?*"

Seguían los golpes.

"*Vous-etes qui?*" repitió, y esta vez había una clara nota de pánico en su voz.

El hombre habló: "*Ouvrez-le porte ou je vais vous tuer!*". Quería que abriéramos la puerta ¡o nos iba a matar!

Hasta ese momento, nunca había pensado en la muerte y un mes antes cuando me despedí de mis padres en el aeropuerto de Londres Heathrow, no se me había ocurrido que podría ser la última vez que les vería.

Corine gritaba, sus ojos buscaban con frenesí algo que pudiéramos utilizar para defendernos.

No había escapatoria.

"¡El vecino!" grité. "Dijo de día o de noche ¿no? ¡LLÁMALE!".

Agarró su móvil y sus dedos temblorosos lucharon por encontrar los botones en la oscuridad.

"*Oui allô?*"

"¡Socorro! ¡Ayúdanos por favor!" gritó. "Un hombre ha venido a matarnos."

Se le cayó el móvil al suelo. "La batería se ha agotado" susurró. ¿Había oído el mensaje? ¿Iba a venir?

Aquellos minutos parecieron horas; pum pum, tuer tuer.... *¿Qué se sentiría al morir?*

Pum, Pum, Pum...

De repente todo se quedó callado.

¿Yo estaba muerta de miedo?

Entonces una voz habló, "Soy yo, el vecino, todo esta bien, se fue, debió oírme venir."

Entré otra vez en el salón y me quedé de pie allí, mirando la puerta rota que oscilaba sobre sus bisagras, mi cuerpo entero temblaba, empapado en sudor frío y las lágrimas saladas seguían mojando mis mejillas. Había pensado que iba a morir allí mismo en esta chocita en medio de la nada.



La cita

Iona Dixey

Carlos le llamó, el hombre que ella había conocido en casa de Belén. Era simpático y amable, le pareció a María ser uno de esos hombres siempre invitados a una cena, un poco ordinario, un poco prudente. Por tanto, le sorprendió a María su llamada pero le agradó oír de él. Le pidió salir de cena con él y ella accedió. Siempre sentía un pequeño sentido de culpa cuando salía con otros hombres aunque sabía que era ridículo. Nunca consideró la infidelidad de Juan, su novio clandestino, hacia ella que todavía no se había separado de su mujer. Para ella, no importaba la otra vida que llevaba Juan, tampoco sus otros novios.

Fueron a un restaurante chino, Carlos insistió que era más auténtico que otros que normalmente se encontraban en Barcelona. Había trabajado durante un año en Hong Kong y aprendido un poco de chino allí. Pidió una media docena de platos y dijo unas palabras en cantonés, a las que el mesero hizo una muestra de entendimiento. María escuchaba con interés forzado mientras él explicaba cada plato. Todos tenían una substancia similar a la goma a la que ella estaba acostumbrada a comer en la *Estació de Sants*, pero Carlos fue inflexible en su opinión de que la comida estaba llena de un sabor fresco y vibrante. Ella hubiera deseado tomar vino en vez de té.

Carlos le preguntó si quería ir a su piso, estaba en un edificio de viviendas no lejos del restaurante. Le intrigó a María su confianza y entusiasmo, sintió curiosidad por saber el tipo de lugar donde vivía. Al llegar, los ojos analizaron el suelo de madera, las alfombras elegantes, los estantes cargados.

Mientras tomaba un café, Carlos se acercó al piano y encendió una lámpara sombreada en rojo.

‘¿Puedes tocar algo?’ Ella pidió curiosamente.

‘Me falta práctica’

No fue tan fácil convencerle, al final se frotó las manos y se sentó al piano. Tocó una melodía con la que María estaba vagamente familiarizada; era una melodía frágil cuya eficacia dependía de no más de dos o tres notas. La manera en que la tocó, con tanta gentileza y un ritmo sutil, fue indiscutiblemente hermosa.

‘Albéniz’ él dijo cuándo había acabado. ‘Bonito ¿verdad?’

Habló con ella sobre *Mompou* y *Turina*, comparándolos a *Falla*. María, que había pensado que ellos eran bastante distintos como compositores, quedó impresionada.

Ya había pasado la medianoche cuando por fin María llamó a un taxi. Bajó las escaleras tarareando la melodía que Carlos había tocado. De camino a casa, tenía pensamientos traicioneros de Juan. Siempre le decía a Juan que nunca creía que se separaría de su mujer; le prometía que se alegraría mucho más si fuera con ella. En la medida que ella entendía, era apasionadamente sincera en todas sus afirmaciones. Además, admitió para sí misma cuando el taxi estaba cruzando La Rambla, que era quizás posible que hubiera elegido a alguien inasequible por ese mismo motivo: porque Juan no estaba amenazando su independencia. Abrió la puerta de su piso y apretó el botón de su contestador, dos mensajes le esperaban. Se sirvió un vaso de vino tinto, se sentó en el sofá manchado y devolvió una de las llamadas. Dejó escapar un chillido de risa, ‘Buenas Noches Juan’.

¿Sabías que...? Isaac Manuel Francisco Albéniz y Pascual (1860-1909) fue un célebre compositor y pianista virtuoso que dedicó parte de su vida a escribir temas para teatro, canciones, temas orquestales y de cámara. Fue contemporáneo de Enrique Granados, Fauré y Debussy (Centro Virtual Cervantes, 2012).

La oportunidad de ir de safari por el este de África es una que muy poca gente tiene la suerte de poder realizar. La euforia que le esperaba a Carlos al abrir aquella carta esa mañana helada de febrero, no podía compararse con ninguna otra experiencia de su juventud. Desde la muerte de su gran y querido hermano Felipe tres años atrás, Carlos había dedicado todo su tiempo a hacer realidad el sueño de su viejo colega, un sueño que se hizo suyo y que ahora serviría como la base de su nueva vida.

El sobre, con un confirmó a Carlos tiempo esperando la

Relámpagos del más allá

Tom Fernández-Buckley

sello extranjero, le que después de tanto respuesta de su

solicitud al centro de investigación basado en Kampala en Uganda, le había llegado su autorización por fin. Tres años atrás, una enorme tormenta había aniquilado a Felipe y a su banda de exploradores en las montañas de Uganda, y desde entonces, la protección de los animales, especialmente la de los elefantes, que siempre le habían fascinado a Felipe, había llegado a ser el objetivo principal de Carlos. Ahora, su sueño estaba a punto de realizarse. Carlos no podía evitar imaginar lo que le esperaba al otro lado del océano, y al atravesar los desiertos, bosques y montañas en el centro del continente. ¿Qué le esperaba? Solo había visto, o mejor dicho, se había obsesionado con las fotos que su querido hermano solía enviarle en sus cartas a casa cada mes. Ese paisaje amarillo y verde, con los típicos árboles africanos, cuyas ramas casi llegaban al suelo, y la abundancia de criaturas de todos tamaños y colores, drásticamente diferente al cemento que le rodeaba en su barrio en las afueras de Madrid.

El susto que le dio la entrada de su padre en la cocina le hizo soltar la carta, que cayó al suelo lentamente, como si fuera una hoja cayendo de un roble. Se acercó la gran figura de su padre, y con un movimiento rápido, desdobló y recogió la hoja de papel. La mirada que le dio a su hijo era una mezcla de emociones. Había orgullo en sus ojos, sorpresa en sus cejas, y una tremenda felicidad con la que sus treinta dientes no podían luchar. Le dio la mano a su hijo y le dijo en voz muy baja. “El momento que nunca pensé llegaría ha llegado. Buena suerte hijo.”

“La codicia y el mercado negro son dos problemas que nos preocupan cada día,” dijo el conductor, mirando a Carlos en el espejo retrovisor. “Los colmillos de marfil de los elefantes del este de África siempre han tenido mucho valor”, siguió. “Y por eso hay gente que se aprovecha de la falta de trabajo en la región y que han tomado parte en la matanza ilegal de estas preciosas criaturas.” El polvo del camino entraba por las ventanas del Land Rover, casi sofocando al joven viajero, que no esperaba un clima tan asfixiante nada más llegar a Uganda.

La vida de Carlos empezó a moverse a una velocidad vertiginosa. Los días se mezclaron, cada uno de ellos trayendo un nuevo problema que Carlos veía como un reto que él debía solucionar. *Nada me hace más feliz que ver a mi hermano pequeño terminando el trabajo que yo empecé. Durante su estancia en este maravilloso continente, Carlos ha transformado la pequeña idea que tuve, en realidad. El altruismo de su carácter es algo que siempre he admirado. Hoy en día existen cientos de orfanatos para elefantes cuyos padres han sido sacrificados por los cazadores furtivos en busca de marfil. Por eso vine yo aquí. Ojalá hubiese forma de poderle dar las gracias y apretarlo en un último abrazo.*

Un trueno en la distancia hizo que Carlos girase la cabeza en la dirección de las montañas. El relámpago le hipnotizó y en un breve instante, supo que su hermano le estaba mirando desde un mundo mejor y sintió su orgullo como si lo llevase encima.

Imagen: publicdomainpictures.net

¿Sabías que...? En África, al igual que en algunas regiones de Asia y Estados Unidos, existen santuarios de elefantes dedicados a proteger y ayudar a estos animales, a educar a la población, además de estudiar más de cerca su comportamiento. Recientes investigaciones han demostrado que los elefantes lloran y hasta tratan de enterrar a los padres o hijos cuando mueren (ver por ejemplo el documental de la BBC1 narrado por David Attenborough).

El subconsciente

Samuel Fraine

Cuando Alejandro Sánchez Sánchez se despertó en la penumbra de un alba otoñal, sus ojos buscaban, como habían hecho durante los últimos 48 años de su vida adulta, la silenciosa silueta de su esposa durmiendo a su lado. No se acordaba bien, pero mientras iba buscando sus gafas a ciegas en la mesita de noche, sentía que sus sueños habían sido mórbidos y turbulentos. Apenas se había puesto sus gafas cuando se dio cuenta que su querida Isilda no estaba a su lado. El silencio absoluto de su cuarto a esta hora de la mañana, que para él siempre había simbolizado la callada alegría de su vida, le parecía portentoso.

De repente, una ráfaga ensordecedora de viento llenó el cuarto por la ventana abierta, haciéndole tiritar momentáneamente. Levantándose con la cautela que su edad avanzada merecía, Sánchez se puso su bata y sus chancletas y entrevió una manchita roja en la toalla gris que colgaba de la puerta del cuarto, de la cual nunca se había dado cuenta. Escuchó un ruido amortiguado que parecía emanar del primer piso, seguido por una voz etérea que parecía alejarse con cada sílaba. “¡Isilda!”, gritó Sánchez, “¡Querida!”... “¡Contéstame!” Silencio absoluto. Miedo creciente.

Sánchez salió silenciosamente de su cuarto, agarrando delicadamente la estatua dorada de la Virgen que había recibido como regalo el día de su boda, la única cosa que veía a su alcance que se podía utilizar como arma.

Anduvo sigilosamente por el pasillo hacia las escaleras, con una mano elevada aferrando la estatua, y de nuevo oyó la voz etérea que le llamaba de abajo. El sonido le hizo recordar una memoria neblinosa de su juventud, no lo podía identificar, pero le parecía fúnebre. “¡Isilda!”, gritó otra vez, y su voz enfermiza traicionaba la certeza de su paso. Se detuvo un momento, inhaló lentamente, exhaló, y siguió hacia las escaleras. Oía el aroma dulce de la sopa que su esposa había estado preparando la noche antes, pero mientras descendía las escaleras el olor se mezclaba con un aroma ominoso de putrefacción, de expiración.

Vio el collar rojo de su esposa, roto, destrozado, en el piso del pasillo principal, y con eso empezó a llorar. Cuando vio la mancha de sangre en el muro, una rabia desenfrenada le poseyó y le propulsó involuntariamente hacia la entrada del sótano, cuya puerta estaba abierta. Elevando la estatua por encima de su cabeza, Sánchez ahogaba la voz etérea que se oía abajo con un rugido primitivo mientras descendía las escaleras. Las manchas de sangre que veía en las paredes del sótano parecían crecer con la furia del viejo. Silencio absolutamente roto. Miedo vencido.

Al llegar al sótano, un rayo de luz brillante que entraba por la ventana, oscureció la visión de Sánchez, cuya arma reflejó la luz, iluminando completamente su ambiente, y esclareciendo a la vez la fuente de la voz misteriosa. Sánchez cayó instantánea y pesadamente. Oscuridad total.

“Alejandro... ¡Alejandro! ¡Qué susto! ¿Por qué tiemblas? ¿Me oyes?”.

Sánchez abrió los ojos dificultosamente, y, sonriendo al ver la cara querida de su esposa de 48 años, se puso a reír.

“¡No me asustes, Alejo!”

Sánchez se levantó y se maravilló de la ligereza de los movimientos de su cuerpo. Se puso sus gafas, su bata y sus chancletas.

“Te traigo el desayuno, Isildita.” Dijo, sonriendo.

Se dio la vuelta, y vio de refilón una manchita roja en la toalla colgada en la puerta.



Imagen: thealphagroup

Un día horroroso

Sophie Gill

¡Qué día más horroroso! Por solo unos pocos minutos habíamos perdido el autobús, y ahora el pobre Sammy tenía que dejar pasar su viaje de estudios al zoo. Sin dinero para pagar a una niñera o una guardería había tenido que venir a trabajar conmigo. Tengo una presentación muy importante que hacer hoy y mi jefe ya está bastante aterrado sin el estrés añadido de la presencia de mi hijo desobediente. ¡Ya ha derramado Coca Cola en mi vestido y la recepcionista casi tropezó con su coche de juguete y solo son las once y media! Y ahora mi teléfono está sonando, y es mi madre, probablemente llamando de nuevo para preguntar si todavía no estoy casada. ¿Podría ser este día peor?

Es un día terrible, lloviendo a cántaros; el sonido de las gotas de lluvia martilleando repetidamente contra mi ventana. Echo un me doy cuenta de que apagado, no solo los paredes grises y también el estado de Justo cuando estoy deprimirme con todo tan adorable que es me mira y me dice por hambre. Esta vez, por un jugando dos horas con el otro porque aún estoy lamentable que nos podemos, por fin, salir y



vistazo a mi alrededor y todo en la oficina parece colores oscuros de las texturizadas, sino ánimo de todo el mundo. empezando a esto, mi hijo, con su cara difícil enfadarse con él, sexta vez que tiene lado porque ha estado gato de mi jefe, y por aburrida de la escena rodea, le digo que comer.

Como si fuera un reflejo de mi alivio al salir de mi escritorio, en las últimas dos horas el cielo se ha despejado y el sol parece como si estuviera empezando a brillar entre las nubes. Sin embargo, mi estado de ánimo feliz se arruina rápidamente cuando veo en mi teléfono parpadeante "madre" en la pantalla. Después de unos momentos de deliberación, respondo de mala gana y me preparo para la avalancha de preguntas que estoy a punto de oír.

Antes de que pase mucho tiempo, me doy la vuelta con la esperanza de poder usar a Sammy como excusa para colgar el teléfono. Él no está por ningún lado. Ha desaparecido. Empiezo a sentir que toda la sangre de mi cuerpo sube a mi corazón en puro pánico. Al mismo tiempo que miro desesperadamente en todas direcciones, estoy muerta de preocupación mientras mi cerebro procesa frenéticamente todas las posibilidades que pueden haber sucedido. La lluvia comienza a caer de nuevo cuando grito su nombre histéricamente en la calle. "¡Sammy!"... "¡Sammy!!" Nada. A medida que la lluvia cae más y más pesada, mi pánico crece y crece. Corro como loca entrando en todas las tiendas y cafés a mi alrededor con la esperanza de que Sammy haya entrado, pregunto a extraños en la calle si han visto a un niño de 6 años de edad. Todavía nada. De repente mi teléfono suena, es mi jefe. Contesto todavía escaneando a todas las personas en la calle. De pronto mis pensamientos acelerados y los latidos de mi corazón comienzan a disminuir cuando mi jefe me dice que Sammy está en la oficina después de haber seguido a su gato. El alivio invade mi cuerpo como un torrente. Ahora, a la presentación...

No encajas

Laura Hayes

Paco miraba con tristeza las gotas de lluvia que golpeteaban la ventana del aula y se dio cuenta de que iba a ser un día muy largo.

‘No encajas’ le dijo Antonio en un tono burlón e hiriente, interrumpiendo sus pensamientos.

Paco se ruborizó mientras todas las miradas se volvían hacia él y las risas de los niños llenaban el cuarto. Su corazón comenzó a latir muy rápidamente debajo de su jersey tejido, casi tan ruidosamente como la lluvia que seguía golpeteando los cristales. Sus piernas delgadas temblaron debajo de la mesa e intentó cubrirse la cara con su pelo grueso y rizado para esconder la pequeña lágrima que cayó de sus ojos azules.

Durante tres semanas había tenido miedo de que llegara este día. Era precisamente el día cuando su madre empezó su nuevo trabajo y ya no podía recogerle del colegio. Por eso tenía que caminar a casa solo a través del bosque oscuro y amenazador. Antonio, con sus hombros anchos, piernas largas y sus fieles seguidores pasaba el día aterrorizando a Paco. Siempre había sido la víctima de sus ataques, ya que a Paco le gustaba leer y no quería asistir a fiestas ni fumar en el bosque como los otros chicos.

Finalmente el reloj marcó las tres y los niños se fueron del aula, corriendo hasta encontrar el calor de sus coches. Paco se puso su abrigo lentamente, sintiéndose solo. Cuando abrió la puerta, un escalofrío recorrió su espalda. Empezó a caminar hacia el bosque. El terreno estaba lleno de barro y mojado y el cielo parecía más oscuro que otros días. Las ramas de los árboles se balanceaban en el viento y un conejo apareció de debajo de un arbusto, evidentemente huyendo de un depredador.

Al adentrarse en el bosque encontró solo silencio, salvo el correr del agua en el arroyo. Tuvo que enfrentar sus miedos y siguió el camino de grava, pensando en el brillo de las ventanas de su casa a través de la oscuridad, proyectando grandes sombras en los campos circundantes. En el medio del bosque vio una nube de humo y oyó pasos.

De pronto no pudo ver nada. Alguien había cubierto su cabeza con una bolsa. Nadie oyó sus gritos. Sus agresores le arrastraron a través de los árboles hacia un claro, donde le golpearon.

‘Encajas aquí con los gusanos y las ratas’ dijo una voz familiar.

Antonio y sus amigos le escupieron en la cara y le robaron sus zapatos. Luego salieron corriendo, abandonándole allí. Paco pensaba que iba a morir. No podía mover sus piernas y le dolía todo el cuerpo. La oscuridad cayó y perdió el sentido lentamente. Tres horas después abrió los ojos y vio una luz brillante. Había leído que esto ocurre cuando uno se muere y por eso estaba seguro de que iba a ver a sus parientes muertos de un momento a otro. En cambio, vio a su madre y a los vecinos con linternas. Le llevaron a casa, todos aliviados porque habían conseguido encontrarle. Su madre le prometió que nunca tendría que caminar solo por el bosque y que Antonio y sus amigos serían castigados.

Diez años después, Paco estaba sentado en su oficina. Llovía y estaba mirando a los aspirantes que entraban en el edificio, intentando secarse la ropa. Como jefe editorial tenía que entrevistarlos. Después de diez conversaciones aburridas, Paco estaba a punto de irse a casa cuando alguien entró en su oficina, jadeando.

‘Lo siento. Mi esposa está mal y tuve que recoger a mi hija del colegio’ dijo una voz familiar.

Paco le reconoció inmediatamente y subconscientemente empezó a tocarse la cicatriz. No podía negar que Antonio era un candidato perfecto debido a su experiencia y sus títulos.

‘Algunos dirían que no encajarías... pero tienen el puesto si quieres trabajar aquí. Es posible que alguien pueda cambiar’ dijo Paco al final, observando el horror en los ojos de Antonio.

Un día fuera de Barcelona

Charlotte Hilton

Fue en aquella época del año; ya sabes, al principio de diciembre, cuando ya hacía dos meses que habían caído todas las hojas de los árboles y se esparcían por las calles ordenadas y antiguas del tradicionalmente barrio burgués de Saint Gervasi. Seguía yendo al trabajo cada día, bajo una lluvia, que parecía más torrencial a medida que pasaban los días. No se había convertido en una sorpresa la frase diaria que cada persona con la que habitualmente me cruzaba en mi camino, desde el cartero, mis compañeros de piso hasta mi jefe inglés, todos diciéndome lo mismo, 'nunca he visto lluvia así en Barcelona'. Claro que yo lo había visto. En fin, un invierno húmedo, mojado e incesante.

Pero como era el puente de diciembre, ya se sentía la excitación en el aire. Habíamos decidido alquilar un coche. Nunca había salido fuera de Barcelona, ni siquiera había salido fuera de cualquier ciudad grande de España, siempre manteniéndome dentro de las confines seguros de mi trabajo, mi gimnasio y mi piso, las cosas que cada uno conoce y reconoce y son un refugio real para esos *guiris* nerviosos. Tenía la sensación de que estuviera dejando atrás todo lo que conocía. La ilusión de una aventura me arrastró tan fuertemente, que no lo podía negar. Íbamos en dirección a la Costa Brava, un poco más al norte de Barcelona, a un pueblecito que se llamaba Palafrugell.

Según mis escasos recursos y conocimiento del laberinto de misterios que es España, sabía que en ese pueblo había una playa preciosa. Sin embargo,



Imagen: Flickr/Andrea Ciambra

como consecuencia de adaptarme a tantos meses de lluvia barcelonesa, era totalmente imposible imaginar que todavía brillara el sol en algún sitio (ya lo sé, está usted pensando, una inglesa como un pez fuera del agua en una país donde llueve, pero así soy yo). Nos marchamos en dirección a 'Girona', lo más cerca a Francia que alguien puede alcanzar en España, justo al lado de los Pirineos. El paisaje iba cambiando en algo irreconocible mientras que dejamos la ciudad atrás. Para un extranjero, siempre tenemos estas imágenes en la cabeza de España: muy árido, escasa agua y mucha sangría. Me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Bajamos del coche cuando llegamos a Palafrugell, hacía un sol que nunca podía haber imaginado. Total que, era diciembre, pero aún así, la vista que me presentó Palafrugell desató todas mis suposiciones tradicionales de diciembre: gente bañándose, tomando unos cafés en el sol y aprovechándose de ese milagro de tiempo. Era como si hubiéramos llegado a otro país, y a la vez no había ninguna duda de que era España; no lo podían creer mis ojos. Fuimos a un faro precioso donde había un restaurante, junto a un acantilado con una panorámica del mar mediterráneo y todo ese pueblo hermoso, luciendo en el sol.

Tuvimos que volver a Barcelona esa noche. Como si el cielo lo supiera, se puso a llover. Pero eso no me arruinó ese dichoso día en el sol. Me sentía una *guiri* contenta; había visto una parte de España que nunca podía haber imaginado. Para colmo, la carretera estaba llena, y nos pareció como si todo el mundo hubiera disfrutado de la misma experiencia. Estábamos vigorizados, rejuvenecidos por ese famoso sol español que nos había regalado con su presencia durante unas horas, con el resultado que dio la impresión de que era verano.

Nada épico, ni con mucha grandeza, pero bueno, al fin y al cabo se dice que son las cosas simples de la vida las que nos importan y las que nos alimentan el alma.

Fernanda

Rosemary Hyam

Fernanda estaba harta del colegio, especialmente de las clases de natación. No buscaba tener un gran éxito en la vida. Ella pensaba que esta ideología de tener que escalar los niveles de la sociedad era una estupidez. Estaba contenta con su vida en el pueblecito. Esto de estudiar no le dejaba tiempo para salir sola a pintar el paisaje y los animales del pueblo que le habían hecho feliz. Ella conocía a todos los animales y hasta les había dado nombres, ella sabía que ser artista era su anhelo, aunque su madre siempre le decía que su futuro ya estaba seguro, sería recepcionista en el hotel. A ella no le importaba qué trabajo acabara haciendo, solo importaba que le dejase tiempo y dinero para pintar.

El hotel se llamaba 'El Delfín' y este nombre no era nada especial porque en su región casi todos tenían nombres de criaturas del mar. Estaba al frente al mar, con una vista perfecta de la playa, las cuevas y los barcos multicolores que entraban todos los días en esta mar misteriosa, poderosa y seductiva. Los pescadores se entregaban a ella, sin duda. Decían que la mar era la única mujer de su vida. A veces iban por la noche a las cuevas y se quedaban allí admirando el reflejo de la luna en el agua cristalizada.

A Fernanda, no le gustaba eso. Su padre era marinero, aunque no le había visto ni una vez. Estaba celosa del mar... ¿Por qué los hombres estaban tan obsesionados con él? ¿Qué tenía el mar que una familia no les ofreciera? Por eso, ella nunca iba aprender a nadar, ni aunque la profesora Alba le diera clases extras. Sus intentos eran fútiles.

Ella se sentaba al lado de la piscina y entraba en el agua. Como siempre, la profesora intentaba persuadirle para que entrara, pero a los diez minutos, Fernanda ya tenía su pincel y cuadro y pintaba la acción de la piscina, los

rayos del sol que se reflejaban en el agua y los músculos fuertes de los nadadores. Miró sus propios brazos y se dio cuenta que no tenía ni la mitad de aquel poder. Pensaba que el cuerpo humano era fascinante, con tantas formas, curvas y características que propone.



Cuando la clase acabó, ella sonrió, contenta con su obra de arte, pero entonces su mejor amigo, Raúl se dirigió hacia Fernanda salpicándola. Fernanda chillaba e intentaba proteger su cuadro, pero era demasiado tarde. Su preciosa obra pero ya estaba arruinada. Ni la profesora intentó defenderla, solo dijo, "En el futuro, vas a nadar, es estúpido pintar aquí." Fernanda se sintió tan triste que no quiso quedarse en el colegio. Ella sabía que Raúl lo había hecho como broma, pero en realidad había arruinado una obra perfecta. Se sentía desolada.

Corrió hasta las puertas del colegio. ¿Quería salir de verdad? Ella nunca había escapado del colegio. Pero hoy, vio una oportunidad de libertad y escapó rápidamente, intentando que nadie se diese cuenta. Pero alguien le había visto y le siguió hasta la playa. ¿Por qué ella fue a la playa si ni siquiera le gustaba? El hombre que la venía siguiendo tenía cabello negro y ojos azules cristalinos. Su ropa parecía fea y raída. Fernanda corrió hacia el final de la bahía pero el hombre se quedó a mitad de la

playa, mirándola preocupado. No sabía si debía acercarse a ella.

Al poco rato, el hombre corrió hacia el mar. Se sumergió en el agua, ondulando, como un delfín, hasta que desapareció. Fernanda lo miraba confundida, preocupada, ¡parecía que él había olvidado de respirar! Un minuto, dos minutos... ¿se había ahogado? Fernanda miraba por todos lados de la bahía, entrando en un estado de pánico. No estaba por ningún lado. No le conocía, pero no quería ver una vida más arrebatada por ese mar traidor.

Súbitamente, la cabeza del hombre apareció jadeante. Algo más apareció alrededor de él. Aletas dorsales, como las de los delfines. Fernanda nunca los había visto tan cerca de la orilla. Temía por la vida de este hombre, entre esos animales, pero nunca imaginó lo que sucedió después. El hombre se agarró de uno de ellos y sumergió. Dio saltos en el aire y nadó con los delfines como si fuesen amigos.



Fernanda no supo más que pintar de lejos la escena, obsesionada por el comportamiento de estas criaturas. Graznaban y chillaban con tanta alegría que hasta parecía que sonreían.

Ella quiso quedarse viendo esta escena, pero el hombre dio una mirada hacia la playa y parecía que estaba triste. Los delfines giraron hacia el mar y comenzaron a nadar hacia el horizonte. Fernanda pensaba que el hombre vendría a hablar con ella, pero también se giró y comenzó a nadar hacia las cuevas del acantilado. Fernanda se quedó allí hasta que la figura parecía una hormiga en el horizonte. El sol ya estaba por ponerse y Fernanda decidió que lo que había pintado no era tan mágico como la acción que había presenciado; tendría que ver a este hombre otra vez. Parecía tan libre y feliz. Eso era lo que ella quería en su vida.

En los meses que vinieron, ella iba corriendo todos los días hacia la playa e intentaba ver al hombre y a los delfines, nadando en el abismo del mar. Pero nunca estaban. Nadie creyó su historia, lo que la dejó aislada y deprimida. Un día, Fernanda decidió explorar las cuevas esperando encontrarle pero ninguna tenía la apariencia de ser utilizada. Al final, estaba tan desesperada que decidió entrar en el agua. Fernanda entró para encontrar la libertad de este mundo, un mundo que no le aceptaba. Pero ella se olvidó de una cosa, no sabía nadar. Las burbujas de aire escaparon de su boca tan rápidamente que ni siquiera tuvo tiempo de luchar contra el mar.



¿Sabías que...? Los delfines son animales altamente sociables que viven en grupos de hasta doce miembros, cuyos lazos son tan estrechos que si uno de los delfines está enfermo o herido los otros se quedan con él y pueden incluso tratar de ayudarlo a respirar llevándolo a la superficie (Davidson College, Departamento de biología 2001).

Un día cualquiera

Harrison Kirk

El viento otoñal sopla fuertemente desde el oeste. La lluvia va inundando el bosque. Los árboles mudan sus hojas. Juan había llegado a encontrarse sin poder tener a quién acudir. A nadie.

Hace diez años, Juan se graduó de la universidad después de cinco años, y vaya que fueron cinco años, arduos y difíciles. Sin embargo, el apoyo de sus amigos le había ayudado a superar los desafíos en su vida. Obtuvo un buen trabajo, su salario era alto, y aunque los días fueran largos, parecía un pequeño sacrificio para alcanzar el éxito. Se levantaba a las cinco y media y volvía a casa a las ocho. Cada día. Sin parar. Su puesto debía ser "esclavo corporativo" pero no era así el título en la oferta de trabajo.

Otro efecto secundario de esta vida fue que el tiempo libre rápidamente pasó a ser una cosa del pasado. Había que pensar en sus clientes y sus cuentas. Lo que desearan, él debería haberlo hecho dos días antes. "Solo tengo que mantener esta forma de vivir por diez, tal vez, quince años, y cosecharé los frutos del esfuerzo", se decía a sí mismo.

Cada semana había un nuevo proyecto. Una nueva manera de causar una buena impresión. Una nueva manera de obtener un ascenso. Un día, estaba enviando correos electrónicos cuando su móvil vibró de nuevo. El mensaje decía: "¡Hola Juan! No hemos hablado en un rato. ¿Nos vemos pronto?" Solía recibir muchos mensajes de viejos amigos, pero los números se habían reducido en los últimos dos años. La verdad es que él pensaba que los mensajes así eran una pérdida de tiempo. Siempre podía volver a los amigos, pero el trabajo necesitaba su atención en ese momento. Además, creía que todos sus amigos tenían un estilo de vida muy similar al de él.



Imagen: Flickr/Peter Alfred Hess

Mientras tanto, el dinero en su cuenta bancaria iba aumentando constantemente. De vez en cuando compraba un nuevo aparato electrónico. Su teléfono móvil ahora no era para hablar con amigos o con su familia, sino para enviar y recibir correos electrónicos a cualquier hora de la noche.

Tras diez años. Un día Juan se encontró en la cama. Había perdido su trabajo por culpa de la crisis. Se sentía cada vez más aislado y su estilo de vida había destruido las amistades de su juventud. La verdad es que ahora ya no existían. Años de trabajo duro y ¿para qué? Una casa emperifollada con cosas de *El Corte Inglés* y todo objeto de alta calidad que existía bajo el sol. Sin embargo, la casa se sentía vacía. Envío un mensaje de texto a todas las personas en su agenda y esperó. Y esperó. Sus clientes solían responder sin tardar. Pensaba que sus amigos estarían en una situación similar, pero la verdad no podía ser más diferente. Todos tenían una familia, hijos y lo más importante, un equilibrio entre el trabajo y la vida privada.

El remanso

Lucy Kittow

El hombre llevaba nueve días caminando en dirección a su casa. Hacía diez días que había dejado el frente. Había planeado andar durante trece horas cada día pero su demacrado cuerpo solo le permitió andar durante seis antes de desplomarse en señal de protesta contra este insoportable esfuerzo físico. No podía recordar la última vez que no se había sentido con ese dolor y cansancio insoportable.

Quería nada más que regresar a su casa, dormir en su propia cama, con la esperanza de que las pesadillas de la guerra que llenaban sus sueños no entrarían en su hogar, el último lugar en el que se había sentido realmente feliz. Quería ver a su mujer y echarse en la cama al lado de ella en vez de compartir un trozo de tierra helada con otros soldados y cualquier otra cosa que crecía entre la mugre de las trincheras. Su hogar, la cara de su mujer y su hija, que todavía no había tenido la dicha de conocer, eran las únicas cosas que le empujaban a arrastrar sus pies agrietados e hinchados hacia su pueblo, cada paso cada vez más doloroso.

Después de días y días de desorientación, por fin, reconoció dónde estaba. "Se acabó." murmuró para sí mismo, "Se acabó." El paisaje había cambiado drásticamente durante los tres años en que había estado fuera, pero el hombre había crecido en este pueblo y nunca podía olvidar el camino que le llevaba a la su casa de su niñez o a su propia casa donde le esperaba su mujer y su hijita. Nunca podría haber olvidado ni el olor de jazmín que llenaba el aire por estas fechas, ni el reflejo de la luna en el remanso del río justamente frente al sendero que, por fin, le llevaría a su casa.

Estaba tan cansado que apenas podía tenerse en pie. Súbitamente el profundo dolor en su pecho que había sentido durante semanas y semanas disminuyó, la sed ardiente desapareció y los pedazos de plomo que habían reemplazado sus pies se sentían tan ligeros como plumas. Siguió andando hacia su casa. Después de unos minutos podía distinguir su jardín, el sauce junto al cual había estado con su mujer el día de su boda, esperando pacientemente mientras el fotógrafo sacaba un millón de fotos idénticas para conseguir la foto perfecta de los novios. Recuerda la cara angustiada de su mujer embarazada cuando él se marchó a la guerra y a ella le quedaba poco para dar a luz. Vio su portal, y una luz parpadeando en la entrada. "Estoy en casa" sintió un escozor en sus mejillas resquebrajadas y se dio cuenta de que estaba llorando. "Se acabó" murmuró para sí mismo "Se acabó."

De repente su mujer abrió la puerta y una niña de casi tres años apareció en la puerta detrás de su madre. Quería gritar pero el hombre se quedó estupefacto cuando vio a su hija. El hombre nunca había visto una niña tan pequeña y perfecta. Tenía los mismos rasgos delicados de su madre y una expresión de ternura que también tenía que haber heredado de su madre. Su pelo revuelto lo había heredado definitivamente de su padre, tendría que pedirle disculpas por eso. Se abstuvo de gritar de nuevo cuando se dio cuenta de que las dos llevaban un ramo de flores de azahar y jazmín hacia una tumba. El hombre pensó que su suegra debía haber muerto durante su ausencia. Pero el nombre en dicha lápida no era de su suegra.

Súbitamente la puerta se abrió de nuevo y un hombre alto y con un físico musculoso, parecido al del hombre antes de la guerra, apareció en el umbral. No traía un ramo sino un bebé recién nacido envuelto en pañales. El hombre se dirigió hacia la lápida y besó suavemente a la mujer y se echó a la niña al hombro haciéndola reír <<no papá, suéltame por fi!>>. La mujer puso el ramo encima de la lápida y los cuatro se dieron la vuelta y anduvieron hacia la casa.

El hombre no podía respirar. Se acercó a la lápida y se quedó helado cuando reconoció su nombre escrito en la piedra. El fulgurante dolor volvió. Con todo el esfuerzo de su cuerpo magullado y decrepito, el hombre empezó a caminar en la dirección por la que había llegado hasta que se encontró en el remanso. "Se acabó" se dijo, y dejó a su cuerpo hundirse en el remanso, agitando el reflejo de la luna perfectamente redonda sobre el río.

Lágrimas de cocodrilo

Sally Kopp

Sus mechones negros estaban enmarañados por la sangre que, chorreando de la herida abierta y profunda en la frente, empezó a formar un charco pegajoso en la alfombra persa carísima. Con el arremolinado modelo, esta alfombra era la favorita de su madrastra, pero la chica ya no tenía la habilidad de preocuparse por asuntos tan triviales como una alfombra manchada dado que la sangre carmesí ya no enrojecía sus mejillas de marfil, y ya ni el aliento le hacía cosquillas en sus labios rosas. Hacía solo tres horas este mismo corazón había estado marcando el ritmo excitable de una muchacha antojadiza pero ahora mantenía un silencio sepulcral...

La mujer frunció el ceño cuando vio la sonrisa coqueta de su hijastra. La chica emitió un chillido travieso mientras su hermanastro la perseguía por el campo de maíz, echándole una risita

afectada. La mujer frunció los labios con molestia. Durante semanas la chica coqueteaba descaradamente con su hermanastro y la mujer ya no podía aguantar este comportamiento desvergonzado dirigido a su hijo adorado. Estaba decidido: ¡esa zorra tenía que morir!

Con una expresión dolorida, a través de la ventana el padre miró a su hija retozando con su hermanastro en el maíz. Cuando vio su carita de coqueta, supo que había perdido a su hija pura y cariñosa. En estos días, desde su matrimonio y la unión de su familia con la de una víbora ponzoñosa, siempre con cara avinagrada, le quedó claro que su hija ya no dirigía su cariño a su padre, sino al idiota arrogante, a su hermanastro. ¡Qué chica tan mal agradecida! ¡Qué chica tan veleidosa, transfiriendo sus sentimientos de amor tan fácilmente! Su hija le había avergonzado y el padre ya no podía aguantarlo. Estaba decidido: ¡esa zorra, su anterior hija virtuosa, tenía que morir!



Imagen: Theanimalfiles / Dewet

El chico, persiguiendo a su hermanastra tonta por el campo de maíz, echó un vistazo a la ventana al frente de la casa y vio la silueta de su padrastro. ¡Cómo detestaba a ese hombre! Al casarse con su adorada madre, su padrastro le había robado el

amor y cariño exclusivo de su mamá y lo había reemplazado por una chica afectada y atontada, un sustituto asqueroso. El cabrón necesitaba probar una cucharada de su propia medicina para conocer la pérdida del amor y el chico sabía precisamente cómo hacerlo. Estaba decidido: ¡su hermanastra idiota tenía que morir!

Examinando el cadáver de la chica bonita, el agente de policía sintió una gran tristeza en su corazón. ¡Tan poco tiempo vivió ella en este mundo y qué manera tan triste en la que había partido!

Dirigió su atención a la familia agrupada alrededor de la escena macabra. Desde que pisó el charco de sangre en el que se tumbaba su hijastra muerta, la mujer estaba inconsolable, llorando largamente en el hombro de su marido. Él, el padre de la difunta, estaba de pie, soportando el peso de su mujer aparentemente apesadumbrada y mirando fijamente al cuerpo inánime de su hija. No decía nada, pero las lágrimas que corrían por sus pálidas mejillas expresaban todo más eficazmente que las palabras. El chico, el hermanastro, estaba sentado en el suelo con la cabeza entre las manos, sollozando silenciosamente para sí mismo. Era una escena de tragedia, pero no solo de tragedia, sino de confusión también para el agente de policía. ¿Quién de este trío aparentemente destrozado era el culpable de realizar el deceso de la belleza, tumbada en el charco carmesí enfrente de él? ¿Quién de este trío tenía la habilidad de cometer un crimen de tanta crueldad? ¿Quién lloraba lágrimas sinceras y quién lloraba las de cocodrilo?

Ruidos y ecos

Joshua Lever

El hombre miró por la ventana, las tinieblas de afuera en marcado contraste con la luminosidad de dentro. El tiempo pasó, pero no ocurrió nada. La puerta de un coche se cerró. Al hombre le rugieron las tripas, pero se quedó allá, pensando. El hombre intentó pensar en algo fantástico y apasionante pero no fue capaz de escapar del mundo monótono donde lo único que acontecía era el movimiento de coches y personas. ¿Por qué la casa cruje tanto cuando hace frío? Las puertas, las ventanas, los escritorios y las sillas no dejaban de hablar entre ellos.

*Las puertas, las ventanas, los escritorios
y las sillas no dejaban de hablar entre
ellos.*

Alguien entró. Su presencia presentó un obstáculo insuperable y el camino a la meta se estrechó más de lo que lo era antes.

Tan pronto como se fue, regresó la tranquilidad que a veces se interrumpía por la ventana petulante. Empezó a correr, corriendo sin dirección por un camino sinuoso, y no paró hasta que llegó a un bosque. Un bosque deshabitado y vacío salvo por los árboles. Sin distracciones y sonidos pudo seguir leyendo el libro que había empezado hace unos días. Lo había puesto a un lado debido a algunas conferencias de negocios urgentes. Se permitió un creciente interés en la trama y en las caracterizaciones.

Aquella tarde casi murió el hombre. Estaba caminando por la calle cuando un chico le preguntó

- ¿Señor, usted puede decirme dónde está la calle Agüero? Es que un amigo mío que vive allá tiene mis gafas.

El hombre lo ignoró y siguió caminando. Pensó para sí mismo: ¿por qué la gente por las calles cree que quiero ayudarla?

En seguida el chico lo escupió e intentó morderlo. El hombre se enfadó y le dio al chico una patada. Ese fue un error colosal. Lo que sucedió después fue totalmente inesperado. Un grupo como de quince chicos apareció con expresiones amenazantes.

El hombre no sabía qué hacer. El grupo avanzaba lenta e intimidantemente.

- ¡Solo somos chicos! - Uno de ellos gritó con una mirada tan espantosa que incluso el más valiente de los hombres habría tenido miedo.

- ¡Perdónenme chicos no quise hacer daño al pibe! - exclamó el hombre con la esperanza de que ellos se irían.

- ¡Calláte hombre! ¿Vos tenés guita? Si nos das cincuenta y dos sopes no vamos a hacerte daño. - dijeron ellos.

- Dale. Se los doy. - respondió el hombre.

Pero no se fueron. Lo golpearon y lo dejaron inconsciente. Una ventana crujió. Se levantó el hombre con un sentido de vergüenza y humillación. Lo peor fue que tuvo que ir al hospital y explicar lo que había pasado.

El hombre decidió acabar con el libro. No era suficientemente realista. De repente se oyó un ruido en el bosque. Hubo una ráfaga de viento y empezó a llover fuertemente. Se nubló completamente y poco a poco el bosque pareció menos tranquilo. El hombre ya no se sentía feliz en este entorno. El sonido del tráfico empezó a volver. Al igual que el murmullo de personas.

El hombre estaba sentado en una silla junto a un escritorio. Él observaba desde su ventana mientras que la gente iba por la calle, alguna corriendo, alguna caminando. El cielo estaba más oscuro y había menos gente. Él se sintió agotado. Las puertas, las ventanas, los escritorios y las sillas dejaron de hablar entre ellos. Sólo unas palabras más. No estaba seguro de lo que iba a escribir. El tiempo pasó. El hombre terminó de escribir la narrativa.

Un año y diez días

Eva Maitland

La tormenta empezó inesperadamente. Un día soleado de cielo azul, empezó a caer gotita tras gotita, hasta que caían como diluvio, sin ceder. Las personas se encerraron en sus casas a esperar que parara. Pero no paró. Gotas gordas se derrumbaban con el deseo de unirse a los ríos que corrían por las calles, ahogando a las ratas, cuyos cuerpos flotaban junto con la basura. En la noche las ciudades parecían amarillas, el color insalubre del agua mezclándose con la luz de la luna que penetraba la neblina. Al tercer día los carros se volvieron barquitos que se arrastraban por las calles, dando vueltas, sin chofer. Las personas seguían albergadas en sus casas y tapaban las puertas con lo que podían, para que no se metiera el agua. Pero sí se metía

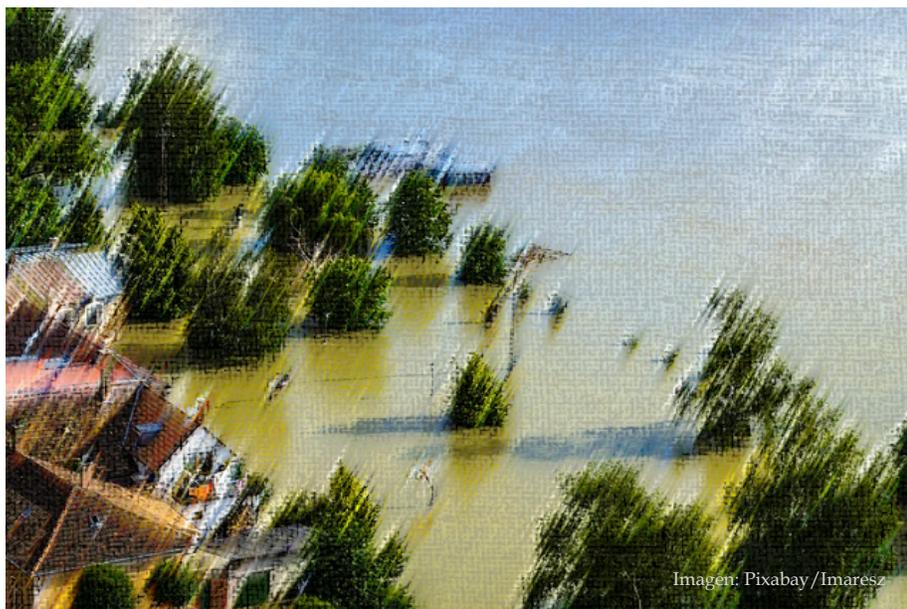


Imagen: Pixabay/Imaresz

sacrificios humanos, Dios o no quiso escuchar y hasta en Río de Janeiro la estatua de Cristo Redentor también fue devorada por el agua. Al mes los que habían sobrevivido vivían en los techos de los edificios más altos, en pequeñas chabolas, temblando de trauma y de hambre. Alrededor, hasta una distancia infinita, se movía un mar de lluvia amarilla, de la que saltaban los rascacielos como barcos gigantes e inútiles. Pero pasaron unos cuantos días, y el agua alcanzó hasta los edificios más altos, que hasta entonces eran la prueba más impresionante del poder de la humanidad.

Cuando el agua les llegaba hasta las rodillas, aun podían salir a comprar la poca comida que quedaba en las tiendas. Pero pronto entraron en pánico y después ya no había nada más que comprar. Casi de pronto fue necesario nadar para moverse por las calles, y en las casas las personas se sentaban en estructuras de muebles, montados uno sobre el otro, casi tocando el techo. Las muertes empezaron a los treinta días de lluvia. Morían de hambre, de enfermedad y de tristeza de lo que le estaba pasando al mundo. Muchos se volvieron locos, otros rezaban pidiéndole a Dios que tuviera piedad. A pesar de los

No solo de pan vive el hombre.

Eventualmente, cuando la inundación se mezcló con el mar, los animales marinos llegaron a las ciudades y se metieron a las casas y se comieron los cadáveres que flotaban sin dirección. Durante meses después todavía sobrevivían pequeñas bandas de jóvenes, que subsistían en barcos o en materiales flotantes. Los que tenían equipo de buceo se metían al agua y visitaban a las ciudades que aun existían al fondo del mar; los edificios parecían corales y los árboles plantas marinas. Así encontraban materiales, semillas, alimentos enlatados con los que sobrevivir. Les creció el pelo y las barbas, y hablaban muy poco entre ellos. En vez de hablar miraban hacia la distancia y trataban de no pensar.

Tenían lo que necesitaban para sobrevivir, pero resultó ser verdad que no solo de pan vive el hombre; después de unos cuantos años, con nada más que un sol rojo medio sumido en el mar que los rodeaba a distancias eternas y por toda eternidad, murieron. Hasta los supersticiosos, que habían preparado sus arcas según la Biblia, hasta ellos murieron porque el hombre necesita más.

El reencuentro

Naomi Meroz

Hacia dos mil doscientos noventa y dos días que no la veía; setenta meses; hacía seis años que no había visto a mi madre. Recuerdo la última vez perfectamente, estábamos en un pueblo en el sur de Francia en nuestras vacaciones familiares, que tomábamos cada año. El pueblito estaba totalmente cubierto de girasoles por la temporada que era; brillaban en cada rincón de cada edificio, y su olor se extendía en el aire. A mí me encantan los girasoles, pero a ella no le gustan, se quejaba de que su color amarillo le mareaba. Es que siempre tuvo un carácter difícil, distinto del de las otras mamás permanentemente sonrientes que veía en la escuela cuando era niña. Tal vez por eso, debería haber sabido que tarde o temprano, la relación entre nosotras se iba a destruir.

El momento en que encontré sus ojos esmeralda me devolvió a nuestro pasado.

Las entrañas en mi estómago se podían escuchar a distancia. No podía esconder mis nervios, me estaban comiendo adentro. La senda en espiral hacia la casa no podía ser más larga. Con los dedos temblando, apreté el timbre de la puerta de madera, parada a unos dos metros, mirándome desde arriba como un demonio gigante. Esperé casi treinta segundos y no oí nada. 'Menos mal' pensé – podía volver a mi casa tranquila, lo había intentado ya, pero el destino no me dio tanta suerte, y de repente escuché sus pisadas acercándose a la puerta. En el primer instante, no la reconocí. Su piel se había marchitado, con arrugas alrededor de los dos ojos cansados. Su cabello recogido en una cofia, y vi que era fino y canoso. De repente, me pareció frágil. Sin embargo, el momento en que encontré sus ojos

esmeralda me devolvió a nuestro pasado, y ya vi a mi madre de nuevo. Empezó a acercarse, y noté que sus manos también estaban temblando. La abracé, tartamudeando unas tonterías que había planeado decir, aunque ya no importaban. "Pasa nena, acabo de hacer un tecito, ¿aún te gusta el té, no?". Balbuceé que sí y entramos juntas a su salón. "Así que...bueno...me imagino que has hablado con Sofí, ¿no? debe tener unos veintidós años ahora, o veintiuno..." murmuró ella. "Veintiuno, sí, ahora está trabajando como abogada creo, le gusta mucho". "Una abogada, ¡Guau! ¿De verdad? Bueno, siempre fue aguda ella, le decía desde que era bebé". Tenía razón, mi hermana Sofí era totalmente avispada, y yo estaba a su sombra siempre. Sin embargo, su agudeza también iba acompañada de un carácter terco, heredado de mi madre, y yo creo que eran esas similitudes entre las dos las que habían conducido a este trágico conflicto. Mi mamá lo sabía también, se notaba en el tono de su voz cuando hablé de ella, como si fuera un punto delicado en su corazón, una herida. "Bueno, lo importante es que tú hayas llegado, que estés aquí, y ahora quiero saber todo sobre tu vida". Se levantó repentinamente, dando un sutil trapazo a sus ojos con su manga. "Voy a hacer más té y traer unas galletitas, compré tus favoritas, y cuando vuelva me contarás todo, ¿vale?". Apenas esperó un segundo a mi respuesta y corrió a la cocina. Así era mi madre; un volcán de emoción reprimido por su temor a expresar sus emociones, sus verdaderos sentimientos sobre lo que pasó este día en el pueblo francés. No obstante, esta tarde de galletas y chácharas me dio esperanza; la esperanza de que después de tanto tiempo, podríamos empezar a acercarnos de nuevo como una familia, y curar esta cicatriz que nos quedó.

Imagen: Flickr/Fito Sanabre

¿Sabías que...? El girasol es nativo del continente americano, de la zona de México y América central. Según los historiadores, fue primeramente cultivado en México hace 2600 años A.C, y con frecuencia se le asociaba con la deidad del sol, en particular entre los aztecas y otomíes de México y después entre los incas de Perú (Historia del girasol, *National Sunflower Association*).

El juego

Helen O'Neill

Eneko era un chico quinceañero normal, malhumorado, sudoroso, tenía granos en la cara y se sentía incomodo con las chicas. Aparte de sus intereses predecibles como el fútbol (amaba a su equipo del barrio, el Atlético de Bilbao) y comer porquerías, el placer en su vida y lo único que le parecía lógico, eran los juegos. De pequeño había dominado todos, desde el juego de la oca hasta el ajedrez, para el fastidio de su familia y todos sus amigos. Era vehementemente competitivo y disfrutaba inventando nuevos juegos siempre que podía.

Cada viernes, era su costumbre ir al *McDonald's* con su mejor amigo, Patxi, a gastar lo que le quedaba de su calderilla después de haber comprado el *Playboy* de esa semana. Un viernes, mientras estaba de pie enfrente de la encimera pidiendo un *Big Mac Menú del Día* impacientemente, se le ocurrió una idea para un nuevo juego.

“Es el juego más guay que he inventado hasta ahora” proclamó a Patxi, quien le contestó con el mismo entusiasmo de un globo desinflado “Claro. Como todos tus juegos.” Sin embargo, se encontró fuera del mismo *McDonal* el viernes, escuchando aletargadamente a Eneko explicando las reglas.

“...¡sin que te hagan una pregunta!” ladró Eneko.

“O sea, que entro, y ¿hay que pedir todo el menú, sin que me pregunte nada el tipo ese de *McDonald*?”

“Exacto.”

“Pan comido” se mofó Patxi. “¿Y qué? El que gana tendrá que comprar el menú la semana que viene o...”

“Eso, ADEMÁS DE TENER EL DERECHO DE ELEGIR PRIMERO A SU EQUIPO EN FIFA. POR DOS SEMANAS CONSECUTIVAS.” Enfatizó Eneko.

Patxi le miró conmovido. La gravedad de perder ese nuevo juego en el *McDonald* había alcanzado un nivel inconcebible en la vida de un chico adolescente. Las discusiones y las peleas que recordaba con Eneko, las veces que se habían echado monedas a la suerte para decidir quién puede elegir primero a su equipo en FIFA, eran incontables. Porque todo el mundo sabe que, el que puede elegir a su equipo primero, ganará, porque elige al Real Madrid.

Entraron al restaurante en la tarea transcendental que decidiría sus destinos en las dos próximas semanas. Como era su juego, empezó Eneko.

“Hola”, trino la empleada de *McDonald*.

“Hola” dijo Eneko, a punto de empezar su monólogo. Como había que elegir un menú entero, había que especificar precisamente los tamaños de la hamburguesa y la bebida, nombrar el complemento, sabiendo exactamente cuál era ofrecido con tal menú, simultáneamente evitando cualquier titubeo que provocaría una pregunta de la chica.

Eneko inhaló, “Quiero un menú *Big Mac*, no mediano sino grande, una Coca cola grande sin hielo y patatas con ketchup y ninguna otra salsa por favor.” Podía sentir a Patxi detrás esperando que fracasase.

“¿Para llevar o comer aquí?”

A Eneko se le cayó el alma a los pies. Había perdido en su propio juego y ahora tenía que aguantar ver a Patxi ganar sin ningún esfuerzo.

“Para llevar” balbuceó mientras Patxi se ofreció triunfalmente a aceptar su reto.

“Hola. Quiero un...menú *McRoyal Deluxe*, una Fanta sin hielo y una ensalada de la huerta con aderezo de yogur, para llevar por favor” dijo Patxi con una sonrisa de superioridad. Giró la cabeza hacia Eneko cuando, de repente, escuchó las palabras “¿Es todo?”

En un estado de shock, logró piar “Sí”, con lo cual la chica se escabulló a preparar la orden.

“Eso no cuenta” empezó Patxi en tono defensivo, “lo logré pedir todo, su pregunta no cuenta porque ha-”

“¡Cállate!” contestó Eneko, dándose cuenta de la niña que había aparecido enfrente de ellos. Debía tener seis o siete años y mientras miraba a la infinidad de opciones en el tablero con el menú, surgió otro empleado de *McDonald* para atenderla.

“Hola” empezó tímidamente, “Quiero.... un *Happy Meal* de hamburguesa, con patatas y ketchup y una Fanta sin hielo, para tomar aquí por favor.”

“Muy bien” respondió el empleado.

Los dos chicos se miraron con incredulidad dándose cuenta de su

intolerable ineptitud... o mala suerte.



Imagen: Archivo/La Nación

Una luz en la oscuridad

Mark Parry

Bruscamente Pedro se despertó. Había estado soñando con su amigo, Tomás, quien había desaparecido el año anterior, cuando salió del aula para ir al baño. Jamás se le volvió a ver. Pedro enjugó una lágrima, se levantó de la cama y arañó en la oscuridad, como si tratase de agarrar una taza. Sus dedos encontraron la montura nervuda y fría de sus gafas. Se las puso.

Una luz, demasiado brillante para esa hora de la madrugada, atraía sus ojos a través de la hendidura de las cortinas. Los faros del coche estaban encendidos. En su avanzada edad, mi padre está olvidándose de todo, pensó Pedro. Demasiado joven para conducir, aún así Pedro sabía que las luces no podían continuar encendidas. Si no las apagaba, no podría ir a la escuela con su papá y él no llegaría a trabajar a tiempo, estaría furioso. Pedro se acercó a las cortinas y miró a su derredor.

Un silencio sepulcral se extendía en el aire sobre el cementerio, escalofriante, enfrente, y un poste de alumbrado lejano iluminaba el borde del campo.

Pedro corrió las cortinas de nuevo y se arrastró, soñoliento, hacia la puerta del cuarto. El picaporte, glacial en su mano, giró y la puerta cedió. Caminó por el pasillo oscuro y bajó las escaleras chirriantes. Al final encontró los zapatos y la chaqueta de su padre. Los debía haber dejado allí cuando regresó muy tarde, aquella noche. Se los puso, sintiéndose como un payaso con estos zapatos grandísimos tan flojos en sus pies húmedos y pegajosos.

En un bolsillo de la chaqueta su mano chocó con la llave del coche. Por qué no se había dado cuenta de que las luces estaban encendidas cuando llegó, consideró Pedro. Decidió que su papá había estado tan distraído recientemente y periférico a causa del estrés de su trabajo que este lapsus debería ser atribuido a lo ocupado que estaba.

El clic del pestillo de la puerta. Una gran y repentina corriente de aire invernal casi lanzó a Pedro hacia adentro de la casa. Se recuperó y vaciló en el felpudo. Un susurro de hojas. Probablemente el viento, o un zorro, Pedro se dijo a sí mismo. Sin cerrar la puerta, Pedro caminó hacia la fuente de la luz, con pasos grandes y exagerados, para no arrastrar sus zapatos demasiado grandes y no hacer ruido. Alcanzó el coche y lo abrió, apretó un botón rígido en el control, su mano protegida del clima hostil. Dos destellos de luz naranja confirmaron que el coche había sido abierto. Pedro abrió el coche, se sentó en el asiento del conductor y miró el volante. Nunca había conducido anteriormente pero sabía que los controles para las luces estaban ubicados cerca, ¿pero dónde? En seguida los descubrió.

Más silencioso que una tumba, tras él una figura negra surgió de las tinieblas.

Pedro pulsó el interruptor de los faros.

Sujetando un trapo, la mano de la figura se aferró a la boca de Pedro. Intentó gritar, pero no pudo hacer ningún sonido. Luchó contra la mano con la suya propia, pero no podía moverse. Inspiraba un olor extraño del trapo y descontroladamente empezó a relajarse contra su voluntad. Sus ojos comenzaron a cerrarse justo cuando Pedro fue envuelto en la oscuridad total del interior de una capucha.

A través de otra hendidura en otras cortinas de la misma casa, el padre de Pedro presenció todo.

Imagen: Flickr/Sinusart

Los asuntos secretos

Adele Pierce

Eran las nueve de la mañana cuando lo encontraron de cara al suelo. Su cuerpo estaba encima de la alfombra y los varios agentes de la policía rodeaban la escena del crimen. Mientras los inspectores de policía buscaban pistas, ella entró apresuradamente y exigió saber lo que había sucedido. Su entrada en el piso provocó un silencio inquietante que penetró los pensamientos de sus compañeros de trabajo, especialmente los de Agustín Morales. Después de su histeria inicial, se quedó quieta con una mirada de angustia en sus ojos. En cuestión de minutos, se convirtió en una anciana demacrada como si hubiera perdido al amor de su vida. Poco a poco los recuerdos de Juan le fueron invadiendo la mente.

A la luz de la luna, se besaron, aprovechando el breve momento juntos. Sabían perfectamente que tenían que volver a sus otras vidas, con sus respectivas familias. Agustín estaba presente esa noche y los miró fijamente con aversión, dado que era un hombre muy religioso y no estaba de acuerdo con tal comportamiento. Enseguida, Juan se enfrentó a Agustín en una manera que demostró su estatus de macho dominante por encima de ese entrometido. ¿Quizás, esa fue la razón por la que mató a Juan?, ella pensaba. De hecho, no podía olvidar los acontecimientos de esa noche y no podía abstenerse de dirigirle una mirada de coraje al asesino. Los dos sabían la verdad detrás de sus secretos y por lo tanto, no podían decir nada.

El informe del crimen concluyó que Juan murió estrangulado, pero el asesino no dejó huella alguna.



Por eso, ella decidió hacer de su vida una miseria. Fue así que comenzó a formular su plan para vengarse. De manera discreta, después del trabajo seguía a Agustín para enterarse adónde iba y lo que hacía. La primera parte de su plan era colocar un cebo en su coche como una pieza de lencería erótica para causar fricción con su esposa. Y fue un éxito. Luego, le comenzó a provocar problemas en su trabajo. Ella metió cizaña con sus compañeros de trabajo diciendo que era un fanático religioso que quería que todos se convirtieran al catolicismo. Ella quería que sus compañeros se pusieran en contra, y fue un éxito. Sin embargo, como si fuera la ley de Murphy, Agustín la atrapó con las manos en la masa. ¿Y lo que estaba haciendo? Estaba hojeando el diario de Agustín para crearle más circunstancias "desafortunadas".

En una voz profunda y con el rostro encendido por la ira, caminó directo hacia ella. Ella gritó pero no había nadie en el edificio por ser viernes por la tarde y ya todos habían escapado para gozar el fin de semana. Estaba indefensa, sola y vulnerable, todas las cualidades que motivan a un hombre tan malvado como Agustín para aprovecharse de ella. Se defendería, lo golpearía, forcejearía con él, pero no iba a ser suficiente para protegerse de sus golpes.

Eran las nueve de la mañana cuando la encontraron de cara al suelo. El cuerpo en un callejón y la ropa en un cubo de basura; incluso en la muerte ella estaba indefensa, sola y vulnerable. De nuevo, los resultados del crimen fueron inconclusos. De nuevo, el asesino consiguió llevarse toda la evidencia. Pasaron los días, pasaron los meses, su cuerpo se desintegró en el polvo junto con la memoria de su vida. Pero, ¿qué pasó con Agustín? Nunca lo sabremos. Quizás, continuó con su vida cotidiana como si nunca hubiera ocurrido nada, empezando a las nueve de la mañana. O posiblemente se quede despierto, preocupado, arrepentido. Nunca lo sabremos...

La revolución

Jonathan Robb

Anocheecía, Rosario bajó la cabeza, como un espejo al sentido de injusticia y apatía en la oscuridad que se acercaba, “al fin y al cabo... tienes razón, no tengo ni idea cómo lo haría”.

Ese mismo día, cuando vio los primeros rayos del sol, Rosario se levantó con optimismo, las ideas le corrían por la cabeza, y con una cara de revolución iba a cambiar el mundo, o por lo menos, iba a empezar.

A medida que avanzaba el día, Rosario sostenía su ingenuidad, y finalmente Jeremías llegó al sitio donde estaba Rosario. Jeremías ofreció una cara y unas palabras que resistieron el vago optimismo de Rosario. “Buenas,” murmuró Jeremías sin ver sus ojos, “vale, si tenemos que hablar de algo, no sé de qué, empecemos”. Se podía entender su indiferencia; este sitio olía como el de un vagabundo, y no se sabía si la electricidad había llegado todavía. No obstante, como era su derecho constitucional, Rosario quería vocalizar por qué quería ser alcalde... Y, como persona a cargo del funcionamiento de la democracia, Jeremías tenía que escuchar.

Antes de ofrecerle algo de beber, Rosario ya había empezado su bronca.

“La democracia no nos ha servido... el alcalde actual pasa más tiempo hablando de trivialidades, que haciendo algo de importancia,” Jeremías ya estaba empezando a enfadarse, pero pensó que cuanto más rápido hablara Rosario, más rápido terminaría esta reunión tan incómoda. Con un aire hiperbólico, Rosario continuó, “la disparidad entre los ricos y los pobres es más grande que nunca, el planeta lo estamos matando, y la clase política no hace nada para servir al pueblo.”

Parecía como si Rosario hubiera pasado una hora sin respirar, mientras que Jeremías mantenía la mirada perdida. De repente, el monólogo fue interrumpido por Jeremías, “hablas como un Marx revivido, pero sin realidad, sin practicidad, sin ninguna idea con la que puedas realizar un cambio. Hablas de la disparidad económica, y una clase política que no nos sirve, sin embargo, inundas tu discurso en tautología. La utopía no existe.”

El optimismo con el que Rosario se había levantado esa mañana, se estaba convirtiendo en una mezcla de ira y confusión. La ira le envolvió ya que hasta él no entendía sus propias palabras. Sus pensamientos se volvieron negativos, y, finalmente, comenzó a cuestionarse su propia actitud revolucionaria.

Rosario empezó a pensar, “Jeremías tiene toda la razón... mis ideas son ideas, y nada más. No sabría que hacer si tuviera poder. Sería el caos”.

Ahora un poco más interesado, una vez que había visto el abatimiento en los ojos de Rosario, Jeremías decidió finalizar esta charla; pues para Jeremías, no era más que una charla. “Rosario, te digo que tu idealismo debe ser respetado, y estoy de acuerdo con mucho de lo que dices... pero las palabras solo son palabras, y no tienes ideas pragmáticas, sino una mente revolucionaria que asistirá en fomentar a una juventud indiferente, y a un pueblo que pensará en algo mejor, pero en algo que no existe. Si me pudieras decir una manera en la que podrías implementar tu revolución, y sostener un mundo idealista después, te consideraría como candidata a alcalde.”

La oscuridad se acercaba... “al fin y al cabo, tienes toda la razón, no tengo ni idea cómo lo haría”.



Imagen: Photobucket/kkobain67

Poco familiar

Oliver Robinson

Silencio. Un silencio escalofriante, interrumpido solo por los ratones, correteando dentro de las paredes. El cuarto olía a vómito y mierda, y el sabor de sangre en la boca le provocó arcadas al hombre indefenso.

“¿Sabés por qué estás acá?”, le susurró una voz en la oreja. Cagado de miedo, Gonzalo intentó liberarse con toda su fuerza, pero en vano. Ya tenía los miembros insensibles, con las manos atadas tan fuertemente atrás que estaba totalmente paralizado. “¿Pero qué hacés, papá?” le preguntó el pibe con una calma perturbadora, lanzándole un nube de humo en la cara. ¿Estaba muerto? Ojalá. Gonzalo no sabía dónde estaba ni cómo había llegado a esta cueva infernal. Quería gritar pero no le salió ningún sonido por la mordaza que le tapaba la boca.

Gonzalo Zanconi no era subversivo, para nada. Sí, todos reconocían que el país era un quilombo bajo Isabel, pero Gonzalo tampoco apoyaba a este grupo de militares, aficionados al terror y a la violencia. Dueño de un bar en el Talcahuano, siempre enfatizó que el lugar era neutral. No solo por su interés de empresario, sino también porque no podía relacionarse directamente con estos chorros fascistas – incluso si algunos le llegaron a llamar “rojo”.

Vinieron por la noche, como caudillos en nombre de la justicia. Fue Rocío la que se despertó primero cuando rompieron la ventana. ¡Rocío! Su querida Rocío. ¿Dónde estaba? Y Pablito, pobre Pablito. No le harían daño, no a un nene de 8 años, seguro. Pero Rocío...

Intentó moverse de nuevo, pero todavía nada. “No me hinchés las pelotas, boludo” gritó el chabón, “Me estás poniendo nervioso”. Su tono era medio sarcástico, como si fuera un chiste, un mero juego. “Tu mujer...”, empezó – el tiempo parecía haberse detenido hasta que la próxima palabra le rompió el

corazón como un cuchillo caliente en la manteca – “olvidáte”. Gonzalo quería gritar hasta el cielo, pero ni podía sollozar. “Nos conviene tener el Río de la Plata tan cerca”, reflexionó. De repente empezó a respirar violentamente, sin ningún control.

Rocío siempre quería mudarse a otro país – a Europa, o sea a cualquier parte del mundo que fuera más liberal.

Pero él no quería – no quería abandonar el país que amaba con toda su alma por una banda de fascistas – y ahora su querida Rocío estaba muerta. ¡La puta que te parió! ¿Cómo había sido tan estúpido? El forro, hijo de puta porteño zarpado – ¿Y Pablito? Pobre Pablito, él tenía un futuro excelente. Era inteligente, se le daban muy bien las ciencias... Pero el inocente quedaría afectado profundamente si le permitieran vivir. Hace solo un par de días se había rendido a esas preguntas incesantes del pibe, diciéndole poner al mal tiempo buena cara y siempre pensar por sí mismo, pese a lo que le dijeran los demás. A lo mejor le habían entregado a una familia “cooperativa” – a sus vecinos chismosos, la familia

Fassano, seguro. Fueron ellos los responsables de todo esto. Pablito no lo merecía, pero por lo menos estaría seguro.

“Hay alguien acá que quiere hablar con vos,” le dijo el chabón. Abrió la puerta, y entró, caminando con pasitos torpes de niño. “Siempre me dijo que hay que castigar a los ladrones, Gonzalo”, le recordó el nene. El corazón se le frenó, y le saltaron un par de lágrimas por la mejilla. “También me lo dijeron en la escuela. Hay que mantener la solidaridad. Hay que liberar a la nación de criminales.” Esa voz tan inocente de repente le era poco familiar. “Le he observado Gonzalo, y según lo que dicen, usted es un criminal. Lo siento.”



Imagen: Forunddas/Savva

La moneda

Will Tingle

El día que encontró la moneda el chico estaba caminando por el paseo marítimo. Había tenido un día normal, así es el verano en Barcelona... se pasa uno el día alternando repetidamente entre tomar sol y bañarse en el mar. Iba despechugado con su toallón de playa cubriendo su espalda rojita, la marea alta llegaba al ras de sus chanclas. Otra olita pasó cerca de sus pies y fue allí que apareció la moneda, brillando en el sol de la tarde. Los reflejos metálicos hacían daño a sus ojos e, inclinando su cabeza para evitar el resplandor, se agachó para recogerla. Parecía algo quizás romano pero se dio cuenta de que era algo muy viejo aunque se encontraba en un estado de preservación excelente.

Todos los días, el vagabundo pasaba por la calle cuando el chico volvía a casa. El hombre se sentaba bajo un árbol sin ramas con una vista al mar. El color de sus ojos era muy claro, casi transparente, el efecto de tanta exposición al sol. Cómo deberá sufrir en el calor agobiante del verano, el chico pensaba. Siempre que se cruzaba con él, el chico

pensaba en cuán afortunado era él por tener una vida tan cómoda. El chico casi podía sentir el sufrimiento del vagabundo y la desesperación en sus ojos. No le había entrado en la cabeza al chico que el vagabundo podría rechazar la moneda que le ofrecía, y hasta añadir una sarta de insultos. ¿Fue acaso un acto condescendiente el que se la ofreciera? Él había tenido buenas intenciones, había sido un gesto amable. Solo había querido ayudarle un poco.

Avergonzado, pero con aún más determinación el chico perseveró porque sabía que era algo de valor aunque no hubiera pensado que la casa de empeños le ofrecería una suma de dinero tan grande.

Muy temprano, al día siguiente, el chico volvió al mismo sitio. No hubo ni una sola palabra compartida entre los dos cuando el chico una vez más le dio el dinero al vagabundo. El hombre se quedó boquiabierto mientras veía al chico correr de prisa a la playa para pasar otro día bajo el sol. Sonrió agradecido sin mirar al chico en los ojos. El chico sabía que había hecho bien. Seguiría yendo a la playa. El vagabundo no seguiría viviendo en la calle. Por eso, quiero decir gracias.



Imagen: Sidney Paget

El día en que se fueron los patos

Kirsty Wilmot

Rowan mojó el dedo del pie en el agua y vio las olas pequeñas extenderse más y más hasta que le pareció que el estanque entero vibraba, zumbaba bajo el calor del sol de agosto. Caminó silenciosamente de puntillas al otro lado del estanque. Allí estaban, acurrucados en la sombra moteada del sauce, los patos. Este año eran cinco; dos adultos y tres patitos. A Rowan siempre le había gustado acercarse muy tranquilamente hasta que, poco a poco, le perdieran el miedo y se acercaran también. En algunas ocasiones, incluso habían comido pan correoso de su mano.

Desde que podía recordar, había pasado mes todos los veranos en la casa de campo de sus tíos y de su primo mayor, Calum. Desde pequeños, Rowan y Calum habían sido los mejores amigos y les gustaba pasar estos largos días calurosos construyendo madrigueras con ramas y hojas, jugando al escondite entre los árboles en el jardín y lanzando al agua botes pequeños hechos de periódicos de un lado del estanque, donde nadaban los patos, al otro. Todas las memorias preferidas de Rowan provenían de sus vacaciones en el campo y según ella, el soñoliento, húmedo mes de agosto era el más mágico del año.

Era el primer día de sus vacaciones en el campo y Rowan, que tenía once años, no podía esperar a que volviera Calum de su entrenamiento de fútbol. Todo el año, había estado practicando, construyendo botes de periódicos con la esperanza de vencer a Calum en las carreras y pensó, por primera vez que este verano podría ser ella la ganadora.

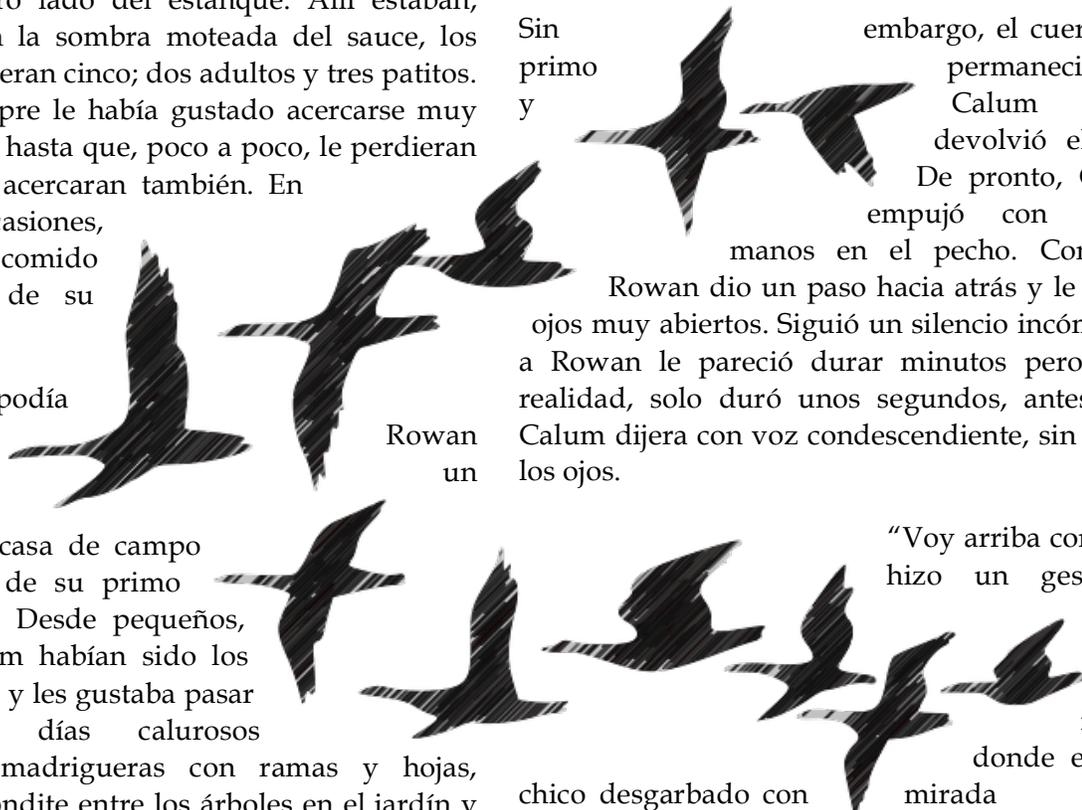
Desde su posición al lado del sauce, escuchó un gran portazo y supo que su primo había regresado de su entrenamiento. Corrió hacia la casa, llena de emoción, y al verle se le echó al cuello, jubilosa.

Sin embargo, el cuerpo de su primo permaneció rígido y Calum no le devolvió el abrazo. De pronto, Calum le empujó con las dos manos en el pecho. Confundida, Rowan dio un paso hacia atrás y le miró con ojos muy abiertos. Siguió un silencio incómodo que a Rowan le pareció durar minutos pero que, en realidad, solo duró unos segundos, antes de que Calum dijera con voz condescendiente, sin mirarla a los ojos.

“Voy arriba con Josh”, e hizo un gesto vago hacia su izquierda donde estaba un chico desgarrado con mirada ausente, visiblemente aburrido. “Puedes dibujar o hacer una torta con mamá o algo así”.

Sin decir más, procedió a subir las escaleras acompañado por su compinche.

Tardó un poco de tiempo antes de que Rowan entendiera lo que acababa de pasar pero, al ver la expresión compasiva de su tía que ya llevaba su delantal para hacer la torta, sintió un nudo en la garganta. Nunca se había sentido tan humillada. Con ganas de llorar, huyó afuera y corrió hasta el estanque al fondo del jardín. Se dejó caer pesadamente y ojeó el estanque en busca de los patos, pero no estaban; se habían ido.



Un cuento de un cuento

David Woolfman

Yo estaba completamente sin ideas. ¿Qué iba a escribir para mi cuento? No tenía ninguna idea. Desde el momento en que supe que tendría que escribir un cuento, sentí un sentimiento apabullante de confusión. Nunca fui muy bueno para estas cosas en el colegio. La literatura no era cosa mía, y había aceptado esto sin problema, nunca iba a ser escritor ¡y menos un escritor en otro idioma...! Pero yo sabía, que como un caballero valiente, tendría que enfrentar al dragón. O como un salmón atrevido, tendría que nadar contra la corriente y evitar los osos. O como una mosca jabata, tendría que confrontar al matamoscas del destino en la búsqueda de la ventana de libertad.

“Hmm, esto no está mal.” Pensé. “Tal vez lo voy a usar.”

Pues como los caballeros, los salmones y las moscas de antaño, me senté frente a mi ordenador para comenzar la batalla. Estaba sentado, totalmente preparado para empezar mi lucha, pero no podía hacer nada. Solo podía mirar la página en blanco, el cursor burlándose de mi; parpadeando, parpadeando, parpadeando. Estaba totalmente solo; aislado en mi cárcel blanca y digital, sin nadie que me ayudara. Ya a estas alturas estaba desesperado; completamente perdido en un bosque oscuro de palabras, sin una linterna de inspiración para mostrarme el camino. Hasta lamenté la ausencia del dibujo irritante del clip: incluso él no estaba dispuesto a ofrecerme alivio en mi agotadora labor. Pues, en este momento de desesperación y autocompasión, en mi punto más bajo, paré. ¿Para qué serviría continuar? Estaba al punto de cerrar el programa y buscar el territorio familiar de *Facebook* cuando oí algo en la parte más profunda de mi mente.

“No te va a servir nada abandonarte a la autocompasión” dijo una voz. Era tranquila, la voz, pero con la determinación fuerte de una mancha terca de ketchup que sabes que nunca va a marcharse de tus vaqueros.

“Tienes que agarrar al toro por los cuernos y salir de esta situación” dijo otra vez. Pero seguí sin creerlo.

“¡No puedo!” respondí. “Es demasiado difícil. No soy capaz. Me rindo.”

“¡No!” gritó la voz. “¡No digas eso!”. “¿Vas a rendirte como una vela en el viento?”

Esto me hizo pensar en Elton John, pero no quería distraerme, así que lo olvidé y respondí: “¡No! No soy una vela, soy un hombre, y voy a completar esta misión.” Y con una nueva determinación continúe con mi ardua tarea.

De repente, de una forma totalmente inesperada, estaba lleno de ideas, mi mente estaba repleta, y empecé a escribir. Las palabras fluyeron de mi cabeza a la página a través de mis dedos como un río, mis ideas, cuando antes eran confusas y efímeras, se convirtieron en nítidas, como la pantalla de un teléfono nuevo después de quitarle el plástico. Pero todavía faltaba algo. Todavía no estaba perfecto y necesitaba algo más. Tenía muchas ideas pero no podía vincularlas. Era como si tuviera todos los eslabones pero no sabía como combinarlos en una cadena. Pero como ya había llegado a este punto, no iba a rendirme tan cerca de mi meta. Pensé, consideré, ponderé e reflexioné. Contemplé las cuestiones más claves del tiempo, espacio y el significado de la vida. Perdí la noción del tiempo mientras trataba de tejer mis pensamientos para que formaran una sola entidad, y finalmente, llegué a la respuesta. La verdad singular de mi viaje hercúleo era clara. Solo tenía que escribir unas líneas más, y ya estaba. Tenía mi cuento.



Will's Memorial Building Sandra López-Rocha

HISPANIC, PORTUGUESE AND LATIN AMERICAN STUDIES
SCHOOL OF MODERN LANGUAGES
UNIVERSITY OF BRISTOL

17 Woodland Rd
Bristol, BS8 1TE
ana.ramos@bristol.ac.uk
s.lopezrocha@bristol.ac.uk

RECONOCIMIENTO

*Gracias a todos los
estudiantes cuyo
trabajo queda aquí
plasmado. Su
empeño y
creatividad son
aplaudidos.*

Edición y diseño

Dir. Ana Ramos
Dra. Sandra López-Rocha

*Las imágenes aquí contenidas y
editadas son de libre acceso. Fotos
originales: portada N. Blagorodnova,
contraportada S. López-Rocha*